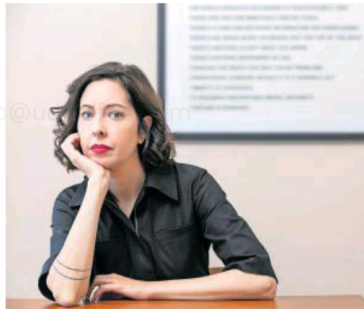


POR LAURA FERNÁNDEZ

Sarah Manguso (Massachusetts, 48 años) se considera una miniaturista. Lo que quiere decir que, literariamente, trabaja con miniaturas. Esto es, con pequeños textos como instantáneas que se abren camino en mitad de la nada y que, poco a poco, con una austeridad envidiablemente adictiva, deliciosa, dibujan un mapa. Un mapa que, en el caso de su primera e impactante novela, *Gente muy fría*, pequeña pieza de orfebrería delicadamente gélida y rabiosamente ardiente a la vez, es el de la toma de conciencia de una niña, Ruthie. De lo que Ruthie toma conciencia es del mundo que la rodea. Cruel, fantasmagórico. Un mundo como un animal herido que no piensa curar ninguna de sus heridas sino que va a presumir de ellas. Va a contagiar su frialdad.

El lugar es un lugar ficticio, la helada Waitsfield, una pequeña población de Massachusetts, en la que, si un día das marchas atrás a tu coche y éste se empotra contra una montaña de nieve —como le ocurrió a la madre de Ruthie—, no vas a poder sacarlo, y tampoco te atreverás a pedirle ayuda a ningún vecino. Porque los vecinos, y sus familias, se comportan como pequeñas sociedades que nada quieren saber del resto. Pequeñas sociedades sectarias en las que todo está permitido porque ¿no es así en todas partes? Hay padres que se dan baños con sus



La escritora Sarah Manguso. BEOWULF SHEEHAN

NARRATIVA

## Brutalidad genial

Sarah Manguso despliega en *Gente muy fría* un retrato demoledor de la autodestrucción individual asociada al aislamiento y el sectarismo social

hijas adolescentes, y madres que consideran que ya están haciendo suficiente por evitar que eso ocurra. Una de ellas es la madre de Ruthie, una autodestructiva y fría niña grande.

En Waitsfield, y en casa de Ruthie, los libros son algo que se consigue en el vertedero —como la ropa—, y los regalos nunca se compran, siempre son cosas que tienes en casa. Nadie es amable contigo, y por eso, cuando alguien hace algo por ti, lloras porque no crees que lo merezcas. La imaginación —lo que inventas para que nada te toque— se convierte, casi sin poder evitarlo, en la única salida. Y no consuela, porque no hay nada que consolar cuando crees que las cosas no podrían ser de otra manera. Al regresar de casa de sus tíos, con una gabardina Burberry prestada, Ruthie imagina que su familia es rica. La vida sigue, y a la vez, se desmorona. La niña crece y empieza a arrancarse las pestañas de cinco en cinco, sin saber por qué, ¿y no será que es el dolor lo único que entiende?

Podría inscribirse *Gente muy fría* en la *new sincerity* —la corriente de las dolorosas confesiones a través de pormenorizados y recónditos detalles cotidianos— y, de hecho, por más que no esté describiendo nada semejante a la infancia de la propia autora, debería hacerlo, porque su aproximación a Ruthie comparte la idea de



la intimidad por momentos insoportable del movimiento. Que Sheila Heti —junto a Tao Lin, una de las voces clave de la *new sincerity*— figure en los agradecimientos quizá no sea una coincidencia. ¿Y no sería maravilloso que un género confesional alzase el vuelo como géne-

ro de ficción pura?

Lo sería. Pero lo que hace Manguso —más conocida como poeta y ensayista, y, en general, responsable de inexplicables y brillantes artefactos literarios— es ir aún más allá. Porque la forma y el fondo, esto es, la manera en que se cuenta, y lo que se cuenta, coinciden en sublimar la idea misma de austeridad. Hay una economía del recuerdo invocado en *Gente muy fría* que hace que la novela sea a la vez un personaje de la propia historia que está contando. La aparente inanidad desarmante de cada pincelada —de alguna forma, impresionista— que Ruthie da es una puerta abierta a una escritura por completo despojada de aquello que no posee la narradora: autoestima. Una brutalidad. Y una genialidad. En muchos sentidos.

### Gente muy fría

Sarah Manguso

Traducción de Julia Osuna Aguilar

Alpha Decay, 2023

192 páginas. 21,90 euros